

## Santiago Díaz Lage, *Escritores y lectores de un día. Literaturas periódicas en la España del siglo XIX*

Zaragoza, PUZ, 2021. 451 p.

Cecilio ALONSO

**Autoría:**  
Cecilio Alonso  
Universitat de València  
cecilnico@msn.com  
<https://orcid.org/0000-0001-9874-6668>

**Citación:**  
Alonso, Cecilio «Santiago Díaz Lage, *Escritores y lectores de un día. Literaturas periódicas en la España del siglo XIX*», *Anales de Literatura Española*, n.º 35, 2021, pp. 257-268.  
<https://doi.org/10.14198/ALEUA.2021.35.15>

© 2021 Cecilio Alonso

Este trabajo está sujeto a una licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY 4.0).



---

Quienes desde una perspectiva filológica, a mediados del pasado siglo, se propusieron determinar los indecisos límites de lo literario en las publicaciones periódicas del XIX, se vieron obligados a inventariar previamente fondos dispersos y a aplicar metodologías descriptivas de sus contenidos. La precariedad de la catalogación obligaba a partir de cero incluso para documentar a escritores–articulistas que por su carácter canónico suscitaban mayor atención editorial, crítica o biográfica. Con frecuencia el investigador se veía en la necesidad de improvisar sobre la marcha, como bibliografía primaria, índices auxiliares de la producción periodística del escritor objeto de su estudio para poder esclarecer su extensión y su proyección en los libros del mismo. Las *Obras* de Bécquer fueron engrosándose en sucesivas ediciones en buena medida a costa de sus escritos periodísticos que a principios de los años 1920 aún aumentaba con poco rigor el controvertido Iglesias Figueroa en *Páginas desconocidas*. Para editar volúmenes de obras completas, Jorge Campos y Carlos Seco Serrano tuvieron que proceder a la datación de los escritos periodísticos de Espronceda, el primero, y de Larra y Mesonero, el segundo. Ghiraldo –en 1923– y mucho después Eoff, Hoar, Schoemaker y Hernández Suárez fueron recomponiendo el perfil periodístico de Galdós. Cyrus De Coster hizo lo propio con Alarcón, *Clarín* fue objeto de una pacientísima documentación por parte de Yvan Lissorgues y de J.-F. Botrel para ultimar una memorable edición impresa de todos sus artículos que hubo de esperar cien

años. Algo semejante ocurrió con Pardo Bazán hasta que el citado De Coster rescató sus crónicas en *La Nación* de Buenos Aires (1994) o Carlos Dorado dio en facsímil la serie de «La Vida contemporánea» en *La Ilustración Artística* (2005). Detrás de esta práctica subyacía la tradicional suposición de que sólo el libro redimía la precariedad efímera del artículo. Cuando en 1923 Alberto Ghirardo se atrevió a calificar de *inéditas* las colecciones de artículos de Galdós en *La Prensa* de Buenos Aires –hoy tan cuidadosamente editadas por Dolores Troncoso (2020)–, estaba incurriendo en el persistente prejuicio dicotómico de que lo publicado en un periódico con el estrecho margen de vigencia de un día, no tenía el estatus de editado hasta que aparecía en forma libresca. Y esta fue la tónica dominante en la aproximación a lo literario en la prensa durante mucho tiempo: segregarlo cuidadosamente del magma noticiero, ideológico o de opinión que constituía su contexto, para recuperarla en volumen y darle nueva vida de naturaleza muy distinta a la original.

Paralelamente a estos modelos individuales de ordenación de fuentes se desarrollaron los impulsados por José Simón Díaz, como secretario de la Colección de Índices de publicaciones periódicas del C.S.I.C., que tuvieron la virtud de desviar la atención del sujeto al objeto, del escritor aislado a la múltiple concurrencia de firmas y secciones que perfilaban el entramado mediático de publicaciones periódicas de carácter literario. Sus ecos metodológicos todavía alcanzaron a la trabajadísima aportación de Pilar Celma Valero (1991) –que indizó una significativa muestra de más de treinta mil artículos de revistas finiseculares– y a quienes hemos tratado de indagar en el océano de algunos suplementos literarios de la prensa diaria de la segunda mitad del XIX. Las bibliografías periodísticas particulares de escritores eminentes no han perdido su razón de ser pero los repertorios del conjunto de colaboraciones existentes en revistas y diarios, abren insospechadas líneas de relación, acaso sin la deseable conexión, pero suficientes para permitir nuevas exploraciones del tesoro periodístico español como parte de un proceso comunicativo que desborda tanto la voluntad o intenciones de los agentes de la escritura como las expectativas de los receptores, sujetos ambos a nuevos márgenes de temporización en sus relaciones, condicionadas por el factor de actualidad que imponía la caducidad diaria, o semanal, de los contenidos.

Los últimos cuarenta años se han beneficiado de esta doble metodología documental, reforzada por los avances en la historia del periodismo y la comunicación en España, que ha permitido añadir a los estudios de archivo muy estimables aportaciones en el plano cultural y económico, en su mayor parte consignados en la amplísima bibliografía del libro que origina esta reseña. Su autor, Santiago Díaz Lage, no olvida que este proceso se ha visto favorecido por

los avances en la accesibilidad tecnológica a los documentos a través primero de la microfilmación y después de las nuevas formas de transmisión electrónica cuyos beneficios para el investigador no es preciso ponderar.

Valga lo antedicho para constatar que, tras el afloramiento de fuentes, ha llegado la hora de la interpretación del papel de lo literario en la prensa durante un periodo histórico en el que aún resta mucha materia por valorar. Bien lo prueba el libro que comentamos donde, no sin asumir riesgos, su autor aborda con propiedad y profundidad, desde ángulos inéditos, aspectos ideológicos y creativos de la cultura literaria de masas de la 2.<sup>a</sup> mitad del XIX, a través de los heterogéneos motivos seleccionados como muestras de su experimentación, con objeto de situar al lector, sin pretensiones de exhaustividad, ante un complejo ensayo de crítica reflexiva, extraordinariamente documentada, concebido en relación dialéctica con el periodo histórico escogido –segunda mitad del siglo– en el que está implícita la confrontación interna producida en la sociedad española entre el liberalismo conservador en fase de asentamiento y el progresismo democrático que en el orden cultural demandaba mayores cotas de desarrollo expansivo del conocimiento a través del libro y la lectura de papeles periódicos. No desmerece el esfuerzo del autor el hecho de que entre los motivos seleccionados hayan quedado al margen muestras de prensa obrera posteriores a 1868 y de la prensa impulsada por la Iglesia católica desde Balmes hasta Sardá y Salvany o el integrismo nocedaliano de *El Siglo futuro*, como que tampoco preste más atención a las grandes revistas satíricas e ilustradas del Sexenio, la Restauración o la Regencia, que sufrían un doble desfase temporal en el eje ‘escritura/lectura’ por su carácter semanal y por la demora que mediaba entre el referente real, el texto y la confección/difusión de sus imágenes cromolitográficas. El autor justifica el haber reducido al mínimo las consideraciones sobre el componente gráfico de algunas de las publicaciones estudiadas por la conveniencia de poner límites a su estudio, aun reconociendo su carácter «esencial en la síntesis de las formas periodísticas, no sólo por la compenetración de imagen y texto verbal en las revistas literarias de la época romántica y en las grandes *ilustraciones*, sino también por la incorporación gradual de contenidos gráficos en los llamados «periódicos populares»». (p. 54).

No obstante, el objetivo es irreprochable y ambicioso en una ópera prima de muy larga elaboración –su origen es una tesis doctoral defendida en 2010 – donde la relativa arbitrariedad que pudiera apreciarse en la selección de los motivos para desplegar la investigación no es óbice para que se planteen diáfananamente los efectos más reveladores que el periodismo ejerció en los conceptos y prácticas literarias a lo largo del XIX. El autor trata de sistematizar parte de los reajustes exigidos por el contraste entre los valores permanentes propios de

la literatura artística y las nuevas condiciones mediáticas desarrolladas con la revolución liberal –pragmatismo simplificador, brevedad y discontinuidad– que determinaba procesos transformativos tanto de los modelos genéricos y de la retórica expresiva como de la disposición de los lectores para construir una nueva percepción de la realidad a partir de las nuevas prácticas de escritura/lectura que aparejaba la «cultura de la periodicidad».

A diferencia de otros prestigiosos tratados sobre periodismo literario que giran en torno a dicotomías muy arraigadas –«promiscuas» pero irreductibles– que les dan título, vg. «Movimientos literarios y periodismo» (Pilar Palomo, 1997) o «Literatura y periodismo» (Albert Chillón, 1999), Santiago Díaz Lage pone el foco en la dualidad «escritores y lectores» en la medida en que ambos conjuntamente y por separado experimentan la percepción de una realidad fragmentaria proporcionada por la periodicidad y la instantaneidad del acto comunicativo, estimulando nuevas formas de transmisión del conocimiento que desbordan la unilateralidad discursiva de la lectura literaria como fenómeno elitista consagrado por la prensa del XVIII.

Base argumental de este ensayo viene a ser la crítica de las tópicas dicotomías ‘periódico/libro’ y ‘periodismo/literatura’, cuya inmediata consecuencia es la propuesta del marbete «literaturas periódicas», presente en el título, que trata de definir las modificaciones sufridas por la retórica de la comunicación que introduce la expansión de la prensa a partir del establecimiento del Estado Liberal. Este concepto de «literaturas periódicas» –modalidades textuales surgidas de las nuevas prácticas de escritura promovidas por los periódicos– no se agota en la prensa misma sino que alcanza a formas de transmisión de menor pretensión estética susceptibles de publicación seriada o fragmentaria, orientadas a públicos iletrados, a caballo entre la lectura y la oralidad, concretadas en el folletín coleccionable que aparece en los faldones de los diarios o la modalidad encuadernable de novelas por entregas. Las «literaturas periódicas» oscilan entre lo actual y lo inactual por su propia vertiginosa vigencia «de un día» y quedan definidas como textos y prácticas culturales situados en una encrucijada compleja que no se ajusta a las simplificadas oposiciones convencionales entre ‘libro/artículo’ o ‘literatura/periodismo’. A lo largo del XIX la presencia del periódico altera también la tradicional oposición entre el libro y las formas de transmisión oral, ligadas al pliego suelto y a la literatura de cordel, sustituida por la de ‘libro/papel periódico’ quedando las demás clases de impresos volanderos de periodicidad irregular «en una posición aparentemente residual». (pp.20-21). Y sin embargo libros y periódicos –lo permanente y lo efímero– tenían una base material común en el constante progreso tecnológico de las artes de imprimir y en el extraordinario desarrollo de la maquinaria que

exigía explotar al máximo sus recursos. Sabido es que, para la subsistencia de la empresa, cuando terminaba la tirada del periódico diario era preciso seguirla alimentando con la impresión de libros o de suplementos literarios.

Tanto la *instantaneidad* como el hecho objetivo de la *interlocución* propiciadas por la expansión fragmentaria o discontinua de la ‘escritura/lectura’ periodísticas, está implícito en el título de este ensayo. A lo largo del XIX, no faltaron formulaciones alternativas que trataban de definir el remozado instrumento comunicativo con fórmulas similares. Recordemos la de Salvador Bermúdez de Castro –director de *El Iris* en 1841– para quien la publicación periódica era «espíritu que domina un instante» y «lucha por el poder de un día»<sup>1</sup> o, en el otro extremo temporal, la del imprescindible Rafael Mainar que, en 1906, definía el periódico como «la Historia que pasa [...] en vertiginoso movimiento» (p. 18). En este marco conceptual se explica la razón del singularísimo título que el autor ha adoptado para su ensayo –*Escritores y lectores de un día todos*– extraído de una conferencia del escritor/periodista aragonés Eusebio Blasco, pronunciada en el Ateneo de Madrid a fines de 1885. Título que le permite resaltar convenientemente la limitada temporalidad que regía los procesos de ‘escritura/lectura’, mientras la prensa pasaba de la redacción unipersonal a la colectiva, de la composición manual a la linotipia y a la rotativa, de la propiedad familiar a la empresarial ideológica o al noticierismo industrial. Eusebio Blasco reconocía «en la lógica de la prensa periódica un vínculo entre la urgencia de la escritura y la urgencia de la lectura» no entendidos como servidumbres del medio sino como «deseos correspondidos que ligan a quienes escriben y a quienes leen» (p.10). Rafael Mainar (1906: 84-85) ya había escrito en su impagable *Manual* que el periódico tenía más de conversación que de discurso unipersonal: conversación entre el periodista y los lectores, «sólo que a estos no se les oye y hay que adivinar lo que dirán».

El autor del libro que reseñamos propone una serie de segmentos temporales, sin aparente conexión secuencial entre sí pero cuya afluencia va ensanchando de uno a otro capítulo el caudal de conocimiento del conjunto, mediante unos supuestos prácticos de «literaturas periódicas», asociados bien a géneros desarrollados en la prensa –como la crónica, el folletín, la crítica–, bien a determinadas figuras literarias que –exceptuando a Pereda, Fernández y González o *Clarín*– no forman parte del canon literario, aunque el autor, siempre al quite, avisa de que en dicha selección se podrían señalar «ausencias conspicuas». En efecto, prescindir de capítulos dedicados al periodismo de

---

1. S. Bermúdez de Castro, «Influencia de los periódicos en la historia» *El Iris. Semanario Enciclopédico*, 25-7-1841. p. 51.– Rafael Mainar, *El arte del periodista*. Barcelona, Gallach, s.s. (1906).

Larra, Bécquer o Galdós en un estudio tan vasto y detallado pudiera parecer una omisión arriesgada, aunque no se les deje de considerar como referentes de fondo. Periódico y libro son dos peldaños graduales de elaboraciones ideológicas personales en la imprecisa frontera que conduce a la liberación artística del escritor que aspira a construir su obra sin cortapisas de tiempo, de extensión o de imposiciones confesionales. En este proceso muchos caen y otros no llegan: Galdós superó el periodismo e impuso su voluntad y ritmo a su obra libresco; *Clarín* a medias porque no pudo o no quiso prescindir de los ingresos que le proporcionaba para la «cena de sus hijos». Pero algún otro, como Bécquer, nunca superó la dicotomía y se quedó insatisfecho, sumido en el nimbo misterioso que tanto gusta evocar a sus fieles, en la antesala de la edición y del reconocimiento extenso en vida. En cualquier caso, el autor salva con solvencia el protagonismo de las figuras canónicas mediante el diseño de una problemática de conjunto que, en su concepto, «caracteriza el proceso histórico de emergencia de una cultura de la periodicidad y una cultura de masas.»

Esta problemática se ofrece estructurada en seis calas, dispuestas con respeto a la cronología entre 1864 y 1900, pero vistas a través de géneros, funciones y formas diversas propias de estos medios. La primera de ellas que sirve de introducción general, examina *grosso modo* los «cauces y condiciones» por los que discurren las literaturas periódicas activadas por el auge de la prensa en la segunda mitad del siglo. Las cinco restantes se centran: a) en la conversión de la materia periodística en libro como medio de fijar la volatilidad de los textos; b) en la presencia de la mujer en la prensa «defendiendo su derecho a participar en la cultura del día»; c) en la fragmentación de la lectura en folletines periodísticos y en el sistema editorial de suscripción por entregas, rayanos con la oralidad, capítulo donde se hace notar la fascinante personalidad de Manuel Fernández y González; d) en la discreta irrupción de la crónica periodística como «amena conversación escrita» en torno a la figura de José Fernández Bremón; e) en la «crisis y crítica de la literatura periódica» vista a través de la ingente y variada producción periodística de Leopoldo Alas cuya persistencia en la práctica de la escritura íntima, día a día en la periferia peninsular, le proporcionó a la vez un sector de público muy fiel y polémicas sin cuento.

Para estudiar la contraposición simbólica del libro y las hojas periódicas escoge el autor el año 1864 que presencié un notable crecimiento de libros de cuentos, lo que suponía la implantación del género narrativo breve en el mercado español, fenómeno al que no fue ajena la prensa (p. 64-65). Aquel mismo año se produjo el nacimiento de *Gil Blas*, la combativa revista satírica que tanto contribuyó a preparar el gran acontecimiento democrático de 1868, entre cuyos fundadores se contaba Eusebio Blasco, quien – como observa el

autor de este ensayo— tenía plena conciencia de que los jóvenes escritores a mediados de aquel decenio se auto identificaban como una generación nacida a la vida literaria con la prensa política y obligadamente sometida a sus exigentes ritmos de producción para, sobreponiéndose a ellos, alcanzar el aura canónica o, en su defecto, alguna sinecura presupuestaria en la Administración pública. El libro condicionado por el periódico pasaba a ser una alternativa aleatoria al oficio de escribir en los estribos de la actualidad que se ofrecía virgen cada día y una consecuencia de la misma. De este modo los cuatro autores estudiados encarnan actitudes representativas de una variada tipología bibliográfica. El progresista Fernández de los Ríos, afincado en Madrid, audaz impulsor de la prensa ilustrada desde 1846, siempre estuvo en la cresta de la ola. Fundador de la primera *Ilustración* española, del diario *Las Novedades*, de *El Eco de los folletines* y del más atrevido ensayo de prensa suplementaria del medio siglo, retirado de estas actividades hacia 1857, es analizado a través de su libro *O todo, o nada*, donde coleccionó artículos de índole política, publicados en *La Iberia* durante los años inmediatamente anteriores a 1864. En cambio, Pereda ofrece un sesgo sumamente original que Díaz Lage ha sabido captar con agudeza: se forma como narrador costumbrista en la prensa santanderina pero traslada a Madrid la edición de sus *Escenas Montañesas*, intuyendo el único espacio donde sus valores literarios estaban llamados a un amplio reconocimiento. Pero si en la prensa de su ciudad sus artículos remitían «a una experiencia ideológica y visual que el autor compartía con sus públicos, la edición en libro, pensada para fijar los textos en un soporte menos perecedero, trasciende el ámbito geográfico de su invención y modifica el significado de la cartografía social que traza». (p. 83). En cambio el aragonés Eusebio Blasco llegó muy joven e inexperto a Madrid. Durante unos meses fue redactor de *La Discusión*, el diario demócrata y republicano fundado por Nicolás María Rivero. En 1864 publicó *La miseria en un tomo. Cuadros lastimosos*, su primer libro, que no despertó interés porque el autor primerizo ni era conocido ni aquellas escenas y estudios de costumbres madrileñas promovían el ruido necesario para que lo fuera. Otro aspecto paradójico de las servidumbres de la profesión periodística de quien, conservando su coherencia política en la prensa soñaba en compatibilizarla con su emancipación personal como literato hasta descubrir que el acceso a la fama lo dispensaba más la provocadora soflama revolucionaria que el exigente cultivo literario. Por último, el particular panorama literario que el autor diseña para 1864, se completa con su pertinente aproximación al desconocidísimo Fernando Martínez Pedrosa (1830-1892) y a su colección *Cuentos íntimos* que, por un lado ilustra la maleabilidad de este género narrativo y su fácil adaptación a las variables dimensiones de los periódicos en la

segunda mitad del siglo. Por otro, supone la más destacada comparecencia en el ensayo que comentamos de la literatura doctrinal católica, cuyos publicistas supieron aprovechar a la contra todos los recursos legales que la democracia del Sexenio puso al servicio de unas libertades públicas que la jerarquía eclesiástica deseaba restringir. El madrileño Martínez Pedrosa, redactor y director de varios medios, era empleado del Ministerio de Hacienda y, sin apremios económicos, escribía libros para reforzar una ideología religiosa ejemplarizante, anclada en la privacidad hogareña y en el desengaño de la esfera pública. Concebía «su actividad literaria como un apostolado ajeno a la escala de la notoriedad, lejos de la incertidumbre del escritor profesional ante su público» (p.110), sin otra aspiración que «la gloria de vivir ignorado de la fama en un siglo en que para ser famoso es necesario haber sido criminal, banquero u hombre político». (p. 114). Postura acaso bastante convencional, si pensamos en que la actividad artística más constante de Pedrosa fue la de comediógrafo y que como tal se expuso repetidas veces de modo directo al veredicto de los públicos.

La escritura femenina recibe atención diferenciada en este libro bajo la circunstancia de que el creciente acceso de la mujer al oficio de escribir en la España isabelina era consecuencia de «la delimitación de espacios específicos de expresión en la esfera pública liberal» que requerían atención permanente en el mercado periodístico a través de la moda, los salones o la educación. El ámbito femenino constituía una parcela clave del público lector con una doble perspectiva: por una parte, la de contribuir a la incorporación de las mujeres a la vida de relación y de trabajo, por otra la de conformar canales mediáticos duraderos que produjeran beneficios empresariales. A este esquema se ajustan escritoras del llamado canon isabelino, como Ángela Grassi, M.<sup>a</sup> Pilar Sinués, Faustina Sáez, Concepción Gimeno y otras que –no sin frustraciones ideológicas y políticas– aspiraban a abandonar la privacidad y «a escribir para el público» a cambio de la retribución de su trabajo en la medida que lo permitiera «un mercado editorial todavía limitado y endeble» en el que, en ocasiones, desempeñaron roles de gestión «con notable espíritu empresarial» (p.124). El autor aporta abundantes referencias al ostensible crecimiento de la actividad literaria de las mujeres producido bajo la conciencia de su complementariedad de género con respecto al varón como esposas, madres y «ángeles del hogar», funciones a las que sometían su función de publicistas y de narradoras moralizantes y humanitarias tanto en el libro como en el periódico. La *Gloriosa* favoreció indicios de cambio de sensibilidad, como la fundación del Ateneo de Señoras en la que intervino activamente Sáez de Melgar, que tenía por objeto el facilitar recursos intelectuales a la muy ambigua «clase inteligente de la sociedad» carente de recursos para adquirir una educación completa». La



prensa ironizó sobre el hecho de que las madres de familia podrían llevar a sus hijas confiadamente a un Ateneo al que no tendrían entrada los caballeros, e incluso su promotora hubo de justificarse ante insinuaciones de oportunismo y proximidad al poder (pp.130-131).

Muy bien traídos, porque expresaban las inevitables limitaciones de la moral social medio burguesa, son los modelos de educación popular de la palentina Sofía Tartilán (1829-1888), directora progresista de *La Ilustración de la mujer* (1873-1876), después recogidos en su libro *Páginas para la educación popular* (1877) donde proponía un análisis minucioso de lo que debería ser la educación femenina. En el aspecto que nos interesa, Tartilán se mostraba receptiva a las más diversas fuentes de la educación popular, sin excluir las orales, en las que apreciaba la coexistencia del libro y el periódico, con el romance, la canción popular y la novela. Pero el tipo de regeneración que proponía para las clases populares requería –como ya habían comenzado a hacer algunas revistas católicas hacia 1870– la adopción gradual por el pueblo de una serie de prácticas literarias al gusto de la cultura hegemónica con el fin de sustituir las obscenidades, inmoralidades y desvergüenzas de las canciones callejeras transmitidas por ciegos y trujamanes, por otras en las que se ensalzara «el amor al trabajo, el entusiasmo patrio, las bellezas de la naturaleza, y tantos otros objetos dignos de ser loados». (pp. 46-48).

Los efectos de un sistema de distribución periódica de impresos que tuvo su apogeo en el decenio de 1860, encuentran su más genuino exponente en la novela por entregas, forma de mercancía literaria de larga duración que penetró en los hábitos de lectura hasta bien avanzado el siglo XX. Un sistema siempre en descrédito para las élites por su carácter industrial, por las condiciones de su circulación social y por la explotación que suponía para muchos escritores el trabajar casi a jornal, bajo las imposiciones leoninas de los editores que podían afectar tanto a la extensión y plazos de entrega, como al argumento, suscitando frecuentes tensiones con los autores. Tras recordar imprescindibles testimonios de Julio Nombela sobre las dignas penurias del joven Murguía, las más pintorescas del bohemio Moreno Godino y las imposiciones de editores como Guijarro, Manero y Manini, el autor concentra su atención en Manuel Fernández y González la figura más indiscutible de esta modalidad narrativa cuya extensa producción todavía no se ha contabilizado con precisión, que mereció la atención de los más eminentes comentaristas y críticos de su tiempo, desde Ortega Munilla hasta Rafael Altamira. *Clarín* llegó a afirmar que el género de las entregas periódicas de aquel tipo de novelas no era literatura, sino que pertenecía «al género de las coplas de los ciegos, sin más diferencia que la de los lectores de unos y otros papeles» (p.202). La enorme recepción entre públicos

que en buena medida accedían por primera vez a la lectura, quizás se debiera a «la capacidad logística de los editores y a la eficacia de sus redes de distribución» para sostener la expectación e incrementar la ganancia prolongando el número de entregas. Díaz Lage añade atinadas observaciones acerca de la doble función de la oralidad que multiplicaba la difusión a través de la lectura en voz alta ante grupos de oyentes iletrados y también afectaba a la genética del texto de folletinistas que no escribían sobre papel sino que lo dictaban, improvisando sus textos a taquígrafos que posteriormente tenían que reconstruirlos y reestructurarlos sintáctica y ortográficamente, conservando tonos y expresiones entre elocuentes y coloquiales. Esta circunstancia que afectó a Nombela, a Pérez Escrich pero sobre todo a Fernández y González, explica los excursos narrativos destinados a comentar cuestiones relativas a los procesos de producción, a enmendar erratas, a dilatar el periodo para recrearse en la imitación estilística de modelos del XVII o a anticipar el desarrollo argumental, entre frecuentes filtraciones de la actualidad noticiable que alimentaban «el efecto de contigüidad entre la ficción y la vida, entre la obra y su contexto» (p. 228). aunque a veces con manifiesto anacronismo e inestabilidad discursiva fruto de este modo de redacción oral que dejaba poco margen para revisiones. (p. 255).

La *crónica*, género genuinamente periodístico, merece en este ensayo un penetrante capítulo donde se matiza su evolución y se registran sus peculiaridades definitorias a) como revista objetiva de hechos, especie de sumario de la actualidad semanal –o periodo mayor– insertada en un lugar destacado de las publicaciones ilustradas y b) como crónica personal difundida en un diario que admitía diversos grados de subjetividad estética en el tratamiento breve del asunto. De cualquier modo, se llamara revista, crónica o adoptara otros encabezamientos particulares, fue un género conversacional, al modo de la *causerie* francesa, que buscaba la atención del lector conciliando la información con la sensibilidad e incluso con manifestaciones intimistas en cuyo desarrollo dejaron huella desde mitad de siglo Fernández de los Ríos, Ramón de Navarrete, Bécquer, Galdós, Ortega Munilla, *Fernanflor*, Bonafoux, Gómez Carrillo o Pardo Bazán, sin olvidar las «Chácharas» de Cavia o los «Paliques» de *Clarín*. Por su tendencia literaria esta especialidad periodística a finales del XIX había superado la rigidez de las primitivas «revistas de la semana» sustanciando y seleccionando los contenidos más definidores del segmento temporal inmediato con fluctuación retrospectiva-prospectiva, dándoles vivacidad y amenidad que trasponían frecuentemente los límites de la ficción.

El autor toma como hilo conductor de su argumentación a José Fernández Bremón (1839-1910), escritor polifacético que «llegó a manejar varias

periodicidades» (p. 276) compaginando de por vida la responsabilidad semanal de revistero en la «Crónica general» de *La Ilustración Española y Americana* con la de redactor y cronista libre en los suplementos del diario republicano *El Liberal*, a donde había llegado tras desertar de *El Imparcial* en 1879. Las fuentes informativas habituales del revistero generalista eran las difundidas durante la semana anterior por la prensa diaria nacional y extranjera, por lo que las noticias llegaban a su pluma tan «descarnadas de novedad» –decía Bremón– que se sentía tentado de omitirlas. Pero –moviéndose hábilmente entre «lo dicho y lo consabido»– se consideraba obligado a condensar la actualidad, más que por informar a sus lectores contemporáneos de lo que sobradamente conocían, para evitar que en la colección de la revista los lectores del futuro se encontraran silencios inexplicables. Como el autor constata oportunamente, al medio, en este caso a la revista ilustrada, se le concedía función simbólica de libro, que prestaba permanencia y trascendencia a «las impresiones aisladas» de su información. (p. 282).

A través de su larga trayectoria Bremón, para vencer el rígido carácter iterativo de su labor, se esforzó por introducir en sus crónicas generales variantes discursivas y dialógicas para cerrarlas con la adición inventiva de alguna anécdota original que añadía un plus de ficción sin romper con la verosimilitud, respetando en el cuerpo de sus crónicas la jerarquía de los bloques informativos preestablecidos –nacionales, internacionales, guerras, gran mundo, espectáculos, eventos culturales, etc.–. «El cronista –nos advierte Díaz Lage– debía atenerse a las convenciones del género que cultivaba y de la publicación en que se insertaba, sin sacrificar por completo la variedad a la pertinencia y la oportunidad de los asuntos elegidos. (p. 294). Esta era la constante prueba de su oficio. Bremón –como Eusebio Blasco– ilustraba «la condición de los nuevos escritores profesionales, adscritos a una o varias redacciones, pero siempre tentados por la vocación artística.» (p. 397).

La última sección de este ensayo atiende a la figura de Leopoldo Alas y a su metódico desacuerdo con la prensa de la Restauración que había defraudado sus expectativas juveniles de poder expresarse plenamente, condicionado negativamente el oficio de escribir por los criterios empresariales de los periódicos y revistas en que colaboraba. Díaz Lage repara en que «la trayectoria efectiva de la que dan testimonio sus escritos es inseparable de una especie de trayectoria virtual» cuyo objeto era su encuentro directo con el lector mediante iniciativas ilusorias –proyectos de periódicos ideales o publicación de folletos literarios discontinuos– que le permitieran implicarse «en la orientación y definición de las características editoriales y materiales de la publicación resultante», eximiéndole de negociar con periódicos y editores. (pp. 328-330).

En *Clarín* el deseo de lograr una comunicación efectiva con sus públicos fue necesidad constante. El autor de este ensayo habilita una indicativa casuística de dicho proceso constatando, mediante el examen cronológico de su trayectoria, que si bien en *El Solfeo* (1875) pudo mantener una equilibrada homología entre los plazos diarios de escritura y publicación, de modo que su presencia ante los lectores rayaba con el máximo posible de proximidad, conforme se convertía en «escritor periódico» de producción intensiva sus colaboraciones se fueron dispersando en diversos medios bajo condiciones que escapaban a su control. La edición desordenada o fragmentaria de sus originales, a veces distribuidos por agencias, le produjo la frustrante sensación de perder contacto regular con sus receptores lo que le obligaba a activar originales procedimientos de producción de texto para intentar recuperarla, acompañados por manifestaciones de una insatisfacción que, en el fondo, era exponente crítico de «una honda comprensión de las maneras de leer y de entender la realidad contemporánea que el sistema de la prensa fomentaba.». De ahí que *Clarín* no siempre se plegara al medio en que escribía aunque algunas discordancias lo llevaran a sonadas rupturas. Su deseo de sostener regularmente su comunicación con el público, y de «ganar dinero escribiendo sin reducir el texto a mercancía», entraba en tensión contradictoria con las aspiraciones literarias y artísticas, que sostuvo durante veinticinco años de actividad pública y reflexión íntima (p. 389).

Santiago Díaz Lage maneja la trama de sus argumentaciones con brillantez expositiva y la desenvoltura que presta el conocimiento extenso y profundo de la materia investigada. Su libro está destinado a servir de referencia metodológica para nuevos sondeos en el inmenso corpus periodístico del XIX. Aporta una documentación abundante tanto de fuentes primarias como bibliográficas, en la que se van entreverando sugerencias, alertas pendientes de explorar en el futuro y conclusiones parciales que dan como resultado un texto abierto a múltiples nexos complementarios que no concede distracciones a la atención del lector. Gran atractivo de este ensayo es que su autor se siente impelido a alumbrar veneros inexplorados...

Cuanto cabe decir en una reseña no alcanza a expresar la multiplicidad de sugerencias, asociaciones y referencias irradiadas por la lectura de este ensayo que pone de relieve el dinamismo de los procesos sociales inherentes al auge del periódico como la mayor experiencia colectiva en la creación de públicos durante el siglo XIX.